



YO CONOZCO A UN NIÑO SUBNORMAL

Yo conozco a un niño subnormal, ¿y quién no conoce a un niño subnormal en España? ¿En qué escalera no hay un niño con problemas de deficiencia mental? ¿Quién no tiene un familiar, un vecino, un amigo, un conocido con un hijo subnormal? En España hay medio millón de subnormales. Cada año nacen unos 35.000 niños subnormales.

—En Inglaterra escondemos a nuestros subnormales. En España no tenéis vergüenza de ellos.

Eso me lo dijo una inglesa de mediana edad a propósito del tema. Me di cuenta muy pronto de que tenía razón: en Inglaterra no he visto a un solo mongólico por la calle. He visto multitud de ancianos solitarios, he visto alcoholizados, he visto gente, incluso, con andrajos y casi descalzos en pleno invierno. Pero casi no he visto subnormales. ¿Es que en Inglaterra no nacen niños con deficiencias físicas y mentales graves? ¿Es que España es un país que posee características especiales para la subnormalidad? Aunque a veces lo parezca, no creo que sea ése el caso. Lo que pasa es que en Gran Bretaña, como en otros países europeos, hay centros especiales donde se les atiende con un personal médico y un tratamiento físico adecuados para

su desarrollo, rehabilitación o capacitación. Porque hay países, pocos aún, que creen que el retrasado mental debe gozar de los mismos derechos que los demás seres humanos, tal como dice la declaración de derechos del retrasado mental aceptada por las Naciones Unidas en 1971. Pero hay otros países que parecen practicar un cierto espartanismo solapado. En Inglaterra tienen vergüenza de sus subnormales, es cierto. Pero allí se les asiste. En España no tenemos vergüenza de nuestros subnormales, pero no se les asiste. Sin entrar en derivaciones más profundas que quizá nos llevaría a analizar la relación que hay entre psicología y política, pregunto: ¿es que en España no se considera que los subnormales deben tener los mismos derechos que los demás seres humanos? Pregunten a los padres de un subnormal y verán que una gran mayoría va a responder que ellos quieren que sus hijos tengan los mismos derechos que los demás seres humanos. Y la prueba es que sólo en la provincia de Barcelona hay más de veinte asociaciones de padres de deficientes mentales, cuya pionera es Aspanias.

Aquí mezclamos la generosidad con la burla, el afecto con el humor negro. Aquí mostramos nuestras taras con agresividad. Pero

las mostramos. ¿Quiénes se preocupan en primer lugar de los subnormales? Los padres, la familia. La familia española es, aún, el pilar y el remedio de todos los problemas no relacionados directamente con la producción y cuya responsabilidad tendría que estar en manos de la colectividad entera. ¿Quién tiene que preocuparse del anciano que ya no «produce»? Los hijos. ¿Quién del niño mongólico que no puede «producir»? Los padres. En otros terrenos, ¿quién se preocupa de la esposa que padece crisis de esquizofrenia? El marido. Claro que todo marcha bien cuando se tiene dinero y una buena dosis de paciencia y amor. O, en algunos casos, de resignación. Pero, ¿qué pasa cuando faltan recursos, cuando se tiene que trabajar todo el día, cuando uno se queda sin familia? Conozco a un esquizofrénico que hace cinco años que vive en el manicomio. Su médico me afirmó que él le daría de alta, pero que, muertos sus padres, la familia que le queda no quiere responsabilizarse de su lenta inserción en la sociedad de los llamados «sanos». Este muchacho, adaptado en la sociedad paralela del manicomio, ha adquirido la enfermedad de la «hospitalización». La otra, la nuestra, le parece hostil. Su única salida para sobrevivir, físicamente, es que se

le incapacite totalmente y viva para siempre en el manicomio. Hay muchos que han caído en la trampa de «ser útiles a la sociedad», y si, como en el caso de los viejos, de los niños subnormales, de las personas con graves dificultades de adaptación, esa utilidad es negativa, se les rechaza con la elegancia del olvido. Nuestro mundo a veces parece una enorme sociedad anónima cuyos socios, nosotros, estemos obligados a garantizar continuamente nuestras acciones «visibles». También hay el mito de la otra sociedad, aquella «que tiene la culpa de todo», como pasa en los films americanos con mala conciencia o en las obras de teatro de Ana Diosdado. Como si la sociedad fuera una «señora» que habita en la casa de la esquina.

¿Qué hacen las organizaciones oficiales para asistir a los subnormales? En Barcelona hay unos 35.000 subnormales menores de diecinueve años. De ellos, sólo el 24 por 100 son atendidos en centros especiales. En 1971 (1), no había ningún centro directamente estatal que atendiera directamente a los niños subnormales.

(1) Los datos siguientes pertenecen al informe número 2, publicado por el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona, sobre «La atención a los deficientes mentales en la provincia de Barcelona».

**Yo conozco a un niño subnormal, es mongólico y se llama Juan.
Cuando lo vi por primera vez pensé
que era muy tonto y que no quería ser su amigo.
(De la redacción de una niña de doce años.)**

Dos centros dependían de la Diputación, uno del Ayuntamiento (2), veinticinco de asociaciones de padres y veintitrés eran privados. El dinero y la familia, he ahí la panacea para los subnormales. Aunque da la casualidad de que los niños con deficiencias mentales abundan más en las familias de trabajadores. En los centros de beneficencia pública acogen deficientes mentales sin distinción con enfermos o psicópatas. Yo he visto en un manicomio barcelonés cómo convivían mongólicos, oligofrénicos, esquizofrénicos y paranoicos. Y en el Cottolengo del Padre Alegre vi hace años niños minusválidos, pero mentalmente sanos, durmiendo al lado de un mongólico sin piernas. La mayoría de los subnormales que asisten a centros especiales los encontramos en instituciones públicas gratuitas o en centros privados sensiblemente caros. De los 65 centros que hay en Barcelona y su provincia sólo hay veintidós con una cuota mensual inferior a 2.000 pesetas. Casi no hay guarderías ni residencias para subnormales profundos ni instituciones para deficientes ligeros, pero con trastornos de carácter o conducta. El estado no ha construido escuelas para subnormales, aunque ha prometido becas para que asistan a escuelas privadas. En una ciudad como Barcelona hay casi una treintena de escuelas privadas, la mayoría situadas en lo que los barceloneses llamamos «la parte alta de la ciudad», tocando al Tibidabo, la zona de Pedralbes, Sarrià o San Gervasio, o sea, la zona de los ricos. Vamos a ver los precios de uno de esos centros, situado en Pedralbes, y que se presenta con las siguientes golosinas para cualquier padre de un niño subnormal: «la escuela es un centro de educación especial destinado a atender niños y niñas con trastornos emocionales, de conducta, de problemas de adaptación y con afecciones neurológicas...; la escuela tiene asistencia médica pediátrica, con una alimentación que consistirá en dietas equilibradas indicadas por un dietetista bajo la orientación del médico pediatra del centro...; la guardería-residencia será atendida por personal especializado y con experiencia, que les procura estímulos y les desvela motivaciones para su recuperación emocional, de conducta y para su desarrollo intelectual y humano, con el fin de conseguir la integración en el grupo familiar y en la sociedad». Todo está perfecto. Salvo una cosa: los precios. Pues a una madre que

trabaje todo el día y deje a su hijo unas diez horas diarias (y aunque no trabaje, puesto que todos los niños deficientes deberían asistir a centros especiales) le va a costar, sin incluir la comida ni el servicio médico psiquiátrico, unas 250 pesetas diarias, 1.500 a la semana, 6.000 y pico al mes. Y eso, aunque acaben de subir el salario mínimo, no está al alcance de todo hijo de vecino. El doctor Valtueña denunciaba en TRIUNFO (3) la escasa calidad de los centros destinados a los subnormales. «Hace ya siglos —escribía— que la sociedad española tiende a cuidar más de las apariencias que de las realidades». No hace mucho una mujer trabajadora, que estuvo interna-

te les envían los trabajadores del puerto. Ni a ellos ni a la gente del barrio de la Barceloneta les da vergüenza esa convivencia con subnormales; asisten a los centros deportivos del barrio e incluso organizan partidos de fútbol mixtos.

Cuando entré en una de las salas del taller me quedé sorprendida ante el ambiente. Algunos escuchaban la radio, que estaba en el fondo, y, entre risas y bromas, los chicos expresaron sin ninguna inhibición lo que pensaban ante la entrada de una desconocida. Estaban muy contentos. Pocas veces he visto que la gente se divierta tanto trabajando. Hoy día no hay muchos que disfruten en el trabajo, porque

les «productores». Aún más: los padres de esos subnormales piensan convertir el taller en una auténtica cooperativa obrera. De conseguirlo, nos vamos a encontrar ante un caso de autogestión obrera en que los trabajadores son subnormales. Pero será gracias al esfuerzo de sus padres. Algunos de esos muchachos habían trabajado en otras empresas en donde se sentían inferiores y despreciados. Uno de ellos estuvo durante tres meses en un horno, pero cuando se terminó la temporada alta lo despidieron, porque ya no lo necesitaban. En el taller se sienten unidos, porque no se notan diferentes. Forman grupos mixtos y escogen a sus propios amigos según sus afinidades. Han aprendido a desarrollar el gusto ante el trabajo realizado y han aumentado su sociabilidad. Un mongólico entró en el taller que ni siquiera sabía hablar. Emitía unos extraños gruñidos y se apartaba de la gente llamada normal, porque le inspiraba temor. Ahora habla casi perfectamente e incluso se ha convertido en el «protector» de una muchacha más joven afectada de parálisis cerebral y que tiene que hacer grandes esfuerzos para andar. Él la ayuda en su trabajo y la acompaña a todos los sitios. Aparte del trabajo en el taller, esos muchachos han formado un equipo de fútbol, juegan a baloncesto y practican la natación. Me hablaban de Cruyff con admiración y han colgado las fotos de sus ídolos en la pared. Uno de ellos era hijo del presidente de un club de fútbol burgalés, pero cuando llegó a Barcelona, dijo: «Estoy en Barcelona, por lo tanto, mi equipo es el Barça». Un 65 por 100 van solos al trabajo. Un muchacho que vive en un barrio extremo muy alejado de la Barceloneta tiene que coger cada día cuatro autobuses y dos «metros», y no sabe ni leer ni escribir. Me contó la gerente que uno de sus proyectos, que empieza ya a realizarse, es montar una escuela para esos muchachos. No sólo de alfabetización, sino que se trataría de enseñarles a comprender y adaptarse en el mundo que les rodea. El 80 por 100 no saben ni de lejos lo que es una escuela, porque siempre habían vivido escondidos en sus casas. Ahora, esos subnormales han salido a la calle. Poco a poco, van perdiendo la vergüenza ante el mundo de los «normales».

¿Qué va a pasar con los subnormales que viven en los pueblos de España? ¿Qué va a pasar con aquellos subnormales que no han tenido la suerte de tener unos padres con capacidad de lucha o con medios para ayudarles? ¿Quién no conoce a un niño subnormal? ■ Fotos: PILAR AYMERICH.

Montserrat Roig

da en un sanatorio psiquiátrico, me contaba de qué manera las monjas maltrataban durante la semana a una niña subnormal, pero, cuando llegaba el domingo, la peinaban, le ponían ropa limpia y la mimaban de manera ostensible, porque era el día que sus padres la iban a visitar.

Pero los padres de los niños subnormales no se fían de las apariencias y quieren realidades. Al pueblo español, en general, no sólo no le da vergüenza convivir con los subnormales, sino que hace lo que está en sus manos para ayudarles. Fue eso lo que pensé cuando fui al taller-escuela de la Barceloneta, el barrio popular y marino de Barcelona, y vi a los chicos y chicas subnormales que trabajan en él tomando el sol en sus estrechas calles después de la comida, bebiendo un carajillo en el bar y bromeando con las mujeres del barrio. Este taller es el segundo de España en cuanto a cantidad de trabajadores-alumnos acogidos en él. Empezaron en 1965 con seis, y hoy día rebasan los 100. Son chicos y chicas que trabajan en un auténtico régimen mixto, con igualdad de salarios y de responsabilidad. La mayoría son hijos de trabajadores, puesto que a la clase media, y no digamos los ricos de verdad, le da vergüenza enviar a sus hijos subnormales a un taller en un barrio como la Barceloneta. Aparte las 600 pesetas que pagan los padres mensualmente (hay unas cuantas becas, sin embargo), las subvenciones que reciben (ni mucho menos las que necesitan), esos muchachos reciben ayudas económicas como el dinero que anualmen-

te las condiciones se están volviendo obscenamente monstruosas, pero aquellos muchachos estaban contentos. sencillamente, trabajaban para ellos y las condiciones ambientales estaban pensadas para ellos, no para lo que producían. El dinero conseguido con su trabajo va a parar a un fondo común que sirve, entre otras cosas, para las pagas semanales. Hay familias que les dan el dinero a fin de que se compren lo que les venga en gana, mientras que otras se lo guardan religiosamente en el Banco ante la obsesión de una vejez miserable. Hay que pensar que la Seguridad Social paga mil quinientas pesetas mensuales sólo hasta los cuarenta y cinco años, que es precisamente cuando la panacea de todos los males de España, la familia, ya no puede ayudarles.

Los muchachos montaban en el taller material didáctico muy variado, piezas seriadas de industria, material eléctrico de todo tipo, desde enchufes, portalámparas, fluorescentes, hasta complementos de radio y conexiones de televisión. Algunos de ellos trabajan en equipo y ni siquiera alzarón la vista ante la fotografía. Generalmente se trata de un trabajo que las empresas envían a jubilados, porteras, obreras casadas despedidas por la empresa después del matrimonio, y que muy a menudo resulta un abuso. Gran parte de esta gente se estropea las manos porque tienen que tocar un material poco delicado. Pero en este taller los maestros industriales, jubilados que siempre habían enseñado a aprendices normales, han creado unos aparatos que les facilita el trabajo. Unos aparatos que han sido inventados porque no se considera a esos muchachos unos sim-

(2) Recientemente se han inaugurado dos nuevos centros, Concha Espina y San Juan de la Cruz, ambos con una capacidad para 160 alumnos aproximadamente.

(3) Publicado el 1 de diciembre de 1973, número 583.